

cibiendo dos manzanas exactamente iguales en todo, concebimos dos sustancias con los mismos atributos específicos, mas no numéricos. Spinoza confunde la diversidad ó diferencia con la distincion : para la diferencia se necesita variedad en los atributos ; para la distincion basta que el uno no sea el otro. La figura de un cuadrado es diferente de la de un triángulo ; dos cuadrados exactamente iguales no son diferentes , pero sí distintos.

Spinoza deberia probarnos que dos objetos sin ninguna variedad no pueden ser distintos, y esto le es imposible; porque si para probar esta imposibilidad dice que en no habiendo diferencia no se puede percibir la distincion, se lo negaremos. La experiencia nos enseña que recibimos sensaciones que por su naturaleza no se diferencian, pero que por alguna circunstancia se distinguen. Si sostengo dos pesos exactamente iguales, uno en cada mano, las presiones serán las mismas, pero no dejaré de distinguirlas; si se me ofrecen dos objetos de un mismo color, la identidad de este no me impedirá el conocer la distincion. ¿Qué dificultad hay pues en que distingamos dos sustancias que tengan los mismos atributos? Además, supóngase que existen en tiempos diferentes, ¿la sucesion no será bastante para darnos idea de la distincion?

Aun cuando concediéramos á Spinoza que dos sustancias con atributos semejantes no pueden ser conocidas por nosotros como distintas, no se inferiria que no se distinguiesen realmente : deducir esto sería medir la realidad por nuestra inteligencia ; sería afirmar que solo puede haber lo que nosotros experimentamos. ¿Quién no ve que esto es un sofisma?

Luego es posible que haya muchas sustancias con atributos idénticos, no en número, sino en especie ; y estas sustancias tendrán el atributo comun en especie, no en número.

37. Pero supongamos lo que quiere Spinoza, esto es, que las sustancias hayan de tener atributos diferentes, ó hablando en términos comunes, que no puedan tener esencias semejantes ó idénticas en especie ; ¿se sigue de esto que la una no pueda ser causa de la otra? no : de ninguna manera. « Para ser causa la una de la otra, dice Spinoza, debiera contenerla en su esencia. » ¿Qué entiende por contener? Acaso el estar el efecto en la causa como el feto en el vientre de la madre, ó

el agua en el depósito, ó la fruta dentro de la cáscara? Si así lo entiende, dice con razon que de dos sustancias que nada tuviesen de comun, la una no podria ser causa de la otra ; pero si por *contener* hemos de significar algo menos grosero ; si por contener hemos de significar la actividad productiva, entonces no hay inconveniente en que una sustancia sea causa de otra de atributos diferentes.

Hé aquí á lo que se reduce la tan ponderada lógica del filósofo holandés : á tomar en un sentido mezquino, grosero, la palabra contener ; á olvidar que en la region de la metafísica se puede concebir un contener mas elevado que el de encerrarse una cosa en otra bajo su propia forma. Nuestra alma produce á cada paso muchos actos : estos se hallaban contenidos en ella, pues salen de ella ; pero ¿significamos con esto que ellos, bajo su propia forma, estuviesen antes en la misma? no ; sino que tenía la fuerza de producirlos. Aun en el orden puramente corpóreo, ¿no vemos la causalidad ejerciéndose de tal suerte que ofrece un modo de contener distinto del que exige Spinoza? La fuerza de la pólvora contiene su efecto, que es el movimiento del proyectil ; mas no de tal modo que la curva descrita por este se balle en la fuerza impelente ; en la pólvora no habia nada semejante, sino una actividad productiva de un impulso del cual resulta el movimiento del proyectil.

38. « Además, continúa Spinoza, si hubiese dos sustancias no serian ambas infinitas y absolutas ; porque la una sería limitada, finita ; la esencia de la una no abrazaria la de la otra. » Ciertamente que una de las dos habria de ser finita ; y es verdad tambien que la infinita no contendria á la finita, si se entiende por contener el encerrarla en sí como una modificación ; pero la contendria en el sentido de que toda la perfección de la finita se hallaria en la infinita. Se dirá que al menos la infinita no podria encerrar numéricamente las perfecciones de la finita con sus limitaciones ; esto lo concederemos, añadiendo que las limitaciones no podrian hallarse en la sustancia infinita, porque una sustancia infinita limitada, sería sustancia infinita finita, lo que es contradictorio. Cuando decimos que Dios es infinito, no entendemos que sea un conjunto de absurdos : lo contradictorio no le conviene, porque en tal caso la realidad infinita sería una contradicción viviente.

39. « Entonces fuera preciso, continúa Spinoza, buscar la razon de esta limitacion *recíproca*, la razon que hace posible la una al lado de la otra, y con esto reconocer algo superior á ambas, que fuese la razon de las mismas, y que por consiguiente seria la verdadera sustancia una y entera. » La limitacion no seria recíproca; habria una sustancia infinita, y una ó muchas finitas. La razon de que estas fuesen limitadas se hallaria en la esencia de las mismas, la cual no incluiria el ser, y así necesitaria recibirlo de otro. En cuanto al grado de perfeccion que debieran tener dentro los limites de su esencia, dependeria de la voluntad de su causa, que seria la sustancia infinita.

40. Resulta de esto que el panteísmo de Spinoza se funda : 1º. en confundir la distincion con la diferencia; 2º. en tomar la palabra *contener* en un sentido grosero; 3º. en una falsa idea de la infinidad absoluta, á la cual no concibe en no atribuyéndole las mismas perfecciones *numéricas* de lo finito, esto es, propiedades contradictorias.

41. Aquí tenemos una prueba palpable de la necesidad de profundizar las cuestiones ideológicas y ontológicas, para fijar con toda exactitud el valor de las ideas y el sentido de las palabras.

### SECCION III.

El panteísmo examinado en la experiencia interna ó psicológica.

42. Si de la region de las ideas descendemos al campo de la experiencia, hallaremos nuevas razones para combatir el panteísmo, sea que nos atengamos á los hechos internos ó á los externos.

43. Dentro de nosotros sentimos una muchedumbre de modificaciones, percepciones, juicios, raciocinios, actos de voluntad en diversos sentidos, amor, odio, deseo, temor, esperanza, desaliento, y mil otras afecciones que se suceden de continuo, esencialmente distintas, no solo porque existen en diversidad de tiempo, sino tambien porque algunas se excluyen recíprocamente, siendo muy diferentes y á veces contradictorias. Si es posible la multiplicidad en las modificaciones, ¿ porqué será

imposible en las sustancias? Nadie es capaz de señalar la razon de esta diferencia.

44. La multitud de modificaciones que hay en nosotros se hallan en una sustancia *una*, simple, como tenemos demostrado (V. *Psicología*, cap. I y II); pero ellas mismas indican que á mas de esta hay otras. En efecto, algunas de dichas modificaciones dependen de nuestra voluntad; pero muchas nos vienen sin quererlo nosotros y á pesar de querer todo lo contrario; tales son las dolorosas, y en general las que nos desagradan aunque no nos causen dolor. Luego hay otros seres que obran sobre nosotros; luego el hombre, á mas del ser de su conciencia, ó como se dice ahora, del *yo*, encuentra un ser distinto, una cosa que no es él: un *no yo*; luego los simples fenómenos del alma nos cercioran de que no hay una sola sustancia; pues cuando menos nos encontramos con dos: el *yo* y el *no yo*.

Resumamos este argumento: hay algo que nos afecta, y no está inherente á nosotros, pues que obra sin nosotros, y contra nosotros; luego hay un ser no inherente á nosotros, distinto de nosotros; hay pues una sustancia distinta de la nuestra.

45. Admitido el sistema panteísta, todo es todo; no hay mas que unidad é identidad; la distincion, la diversidad, la oposicion son apariencias. Pues bien; de tal doctrina resulta que nuestro espíritu es esencialmente falso; que en esa unidad hay una contradiccion continua; pues que la inteligencia, fenómeno de esa unidad, tiene todas sus ideas en un sentido contradictorio á la unidad misma.

46. Hay en nuestro espíritu la idea de distincion: la fórmula general de los juicios negativos: *A* no es *B*, es esencial á nuestra inteligencia; sin esto no percibiriamos ni el mismo principio de contradiccion. Si en la realidad todo es uno, tenemos que el juicio *A* no es *B*, es pura ilusion; y así hay una oposicion permanente entre la idea y la realidad.

47. En el sistema panteísta todo es necesario: no hay nada contingente: cada cosa en apariencia individual, no es mas que un fenómeno, una manifestacion *necesaria* de la sustancia única; es así que nosotros tenemos la idea de lo contingente; luego hay contradiccion entre la idea y la realidad.

48. Siendo todo uno, no hay extremos distintos; luego no hay relaciones posibles, y si únicamente apariencia de ellas. Nosotros tenemos idea de relaciones, y muchas de nuestras ideas son relativas; resulta pues otra contradicción entre la idea y la realidad.

49. El panteísmo destruye todas las sustancias excepto la infinita: lo finito, pues, será solamente una apariencia, una fase de lo infinito. Nosotros tenemos idea de lo finito; hay pues una nueva contradicción entre la idea y la realidad.

50. El orden en el sistema panteísta es un absurdo. El orden es la conveniente disposición de cosas distintas que conspiran á un mismo fin. No habiendo mas que unidad no hay cosas distintas, no hay fin distinto á que puedan conspirar; y entonces es pura ilusión la idea de orden, una de las mas fundamentales de nuestro espíritu en sus relaciones con la vida comun, con las ciencias y las artes.

51. La libertad de albedrío, esa facultad preciosa que tanto ennoblece al hombre, ese patrimonio de cuya posesion nos cerciora la conciencia, el panteísmo nos la arrebata, la aniquila. Nos parece que somos libres, pero esto es una ilusión; los actos libres son manifestaciones necesarias de la sustancia única que se va desenvolviendo en infinitas series, cuyos términos están ligados por una ley inmutable. Así el hombre pierde la conciencia de su libertad, y hasta de su espontaneidad; está condenado á mirarlo todo como ilusión; y á considerarse á sí mismo como un puro fenómeno, como una ligera ráfaga de luz en el piélago de la sustancia única, como una leve centella, que brilla un momento sin saber porqué ni para qué, y que con la muerte se apaga para no brillar nunca jamás. El corazón se acongoja con la simple exposicion de una doctrina tan desolante: fortuna que la razon y la experiencia la anonadan, y que el sentido comun de la humanidad, y el sentido íntimo de cada hombre la rechazan de una manera invencible.

52. No, el hombre no se puede negar su unidad, su espontaneidad, su libertad de albedrío; no puede resignarse á considerar su existencia como un mero fenómeno de una sustancia única. Hasta los sentimientos mas nobles del corazón se sublevan contra el panteísmo. El amor, la amistad, la

benevolencia, la gratitud, el respeto, la veneracion, la admiracion, el entusiasmo, nada significan en el sistema panteísta: si el yo es todo y todo es el yo; si no hay mas que una sustancia única; amando, agradeciendo, respetando, venerando, admirando, no dirigimos estos actos á otro; es uno mismo el ser que lo hace todo en sí y para sí; esta variedad de relaciones de unos sujetos á otros, es pura ilusión; no hay mas que un sujeto; quien ama se ama á sí propio; quien admira, á sí mismo se admira; no hay mas que el gran todo que lo hace todo para el todo.

## SECCION IV.

El panteísmo examinado en la experiencia del mundo corpóreo.

53. La experiencia del mundo corpóreo no es menos contraria al panteísmo que la de los fenómenos de conciencia. El único medio de comunicacion con el mundo corpóreo son los sentidos: ¿y dónde está la unidad que nos ofrecen? No hay una sensacion sola, sino muchas, distintas, diferentes, opuestas, que se ligan en varios grupos, y se dividen y subdividen de mil maneras: ¿dónde está pues la unidad de los objetos que nos las causan?

54. Pero hay todavía otra razon mas fundamental. La base de nuestras relaciones con el mundo corpóreo, es la intuicion de la extension: si el mundo no es extenso es una ilusión; si nosotros no tenemos la idea de la extension, cesan nuestras relaciones con los cuerpos. Admitida la extension, es preciso admitir la multiplicidad; pues que en la idea de extension entra el constar de partes distintas, luego en toda extension hay multiplicidad.

Si los panteístas replican que la extension no es sustancia y que por tanto su multiplicidad es solamente de modificaciones, replicaremos lo siguiente. Una modificación no es tal, sino porque modifica la sustancia, esto es, le da un cierto modo de ser. Ahora bien: siendo la extension una modificación, ó lo será de una sustancia compuesta ó de una simple: si de una compuesta, tenemos ya una sustancia compuesta; y como las partes componentes no pueden ser modificaciones, pues la

sustancia es sujeto, no un conjunto de modificaciones, inferiremos que estas partes son sustancias, y así los panteístas caen en la doctrina comun, que admite la multiplicidad de las sustancias; si el sujeto de la extension es simple, tenemos que hay en una sustancia simple un modo de ser esencialmente multiplicador, la extension: luego uno será uno y múltiplo á un mismo tiempo, lo que es contradictorio.

## SECCION V.

El panteísmo examinado en la comunicacion de los espíritus.

55. La comunicacion con los demás hombres nos atestigua que hay otras inteligencias semejantes á la nuestra: en el sistema panteísta es preciso decir que todas esas inteligencias son una sola, están en una misma sustancia, y no son mas que modificaciones de ella. Esto es contra la razón, la experiencia, y el sentido comun.

56. ¿Cómo prueban los panteístas que mi conciencia es la de otro hombre? ¿Hay alguna señal de unidad? no; por el contrario, todo manifiesta distincion y diversidad. Él entiende cosas que yo no entiendo, yo entiendo otras que él no entiende; él quiere lo que yo no quiero, yo quiero lo que él no quiere; actos que á él le agradan á mí me disgustan, actos que á mí me gustan á él le desagradan; lejos de hallarse indicios de unidad é identidad, preséntase por todas partes la distincion, la diversidad, la oposicion: ¿quién será capaz de confundir en un solo ser cosas tan varias, tan contradictorias, y muchas de ellas existentes á un mismo tiempo?

El estudio del yo, lejos de conducir á la confusion con los demás, obliga á reconocer un principio simple, con actividad espontánea, exclusivamente propia; con una conciencia incommunicable á otro sujeto, so pena de ser destruida. A esos seres que llamais idénticos al mio, trasladades mis pensamientos y afecciones, y desde aquel momento mi conciencia desaparece: yo puedo por medio de la palabra dar á conocer lo que pasa dentro de mí; pero el mismo fenómeno individual no lo puedo separar de mí; si lo separo lo aniquilo.

57. ¿Y qué diremos del sentido comun? Sed panteístas con

los demás hombres; decidles: yo soy tú, y no solo soy tú, sino que soy todos los hombres de todo el mundo y de todos los siglos pasados y venideros; lo que todos piensan lo pienso yo; lo que yo pienso lo piensan todos; en la apariencia hay distincion, variedad, oposicion; pero en el fondo hay solo unidad, identidad. ¿Creeis que se puede hablar de esta suerte sin incurrir en la nota de loco? Triste filosofía, que empieza por una paradoja condenada por la humanidad entera!

58. Al examinar tamaños extravíos de algunos filósofos, parece que nos hallamos en medio del antiguo caos, cuando no habia luz, cuando todos los elementos andaban confusos y revueltos en medio de espantosas tinieblas. ¿Quién ha resucitado en algunas escuelas modernas esas extravagancias de otras antiguas? ¿Quién ha soplado ese vértigo sobre las cabezas de algunos filósofos en Alemania y Francia? ¡Ah! los hombres marchaban en paz bajo las ideas cristianas; y el orgullo, levantando su cabeza, ha negado la obra de Dios, y ha querido escalar el cielo; desde aquel momento han renacido los errores que yacian sepultados en el polvo de las ruinas paganas; y la Europa ha visto con asombro y consternacion proclamarse en alta voz los mayores delirios. (V. *Filosofía fundamental*, lib. ix.)

## CAPÍTULO XI.

## LA CREACION.

59. No atribuyendo el origen del mundo á la nada por sí sola, pues que la sola nada no puede producir nada; no admitiendo tampoco una sustancia única que se vaya desenvolviendo y presente los diversos fenómenos de la conciencia y del mundo externo; reconocida la contingencia de nuestra alma y de los seres finitos que la rodean; y probado tambien que ha de haber algun ser necesario y origen de todo, nos vemos precisados á admitir que lo contingente ha sido producido por lo necesario, no por emanacion sino por *creacion*. Entiendo por esta palabra la accion de un ser que hace que exista una sustancia que no existia. Las tinieblas estaban sobre la faz del abismo; Dios dijo:

Hágase la luz, y la luz fué hecha; ó segun el original hebreo: sea la luz, y la luz fué. Esto es crear.

60. Los ateos y panteístas se levantan contra este hecho, y lo declaran imposible; veamos por qué razones. Dicen en primer lugar: « de la nada no puede salir nada. » Ciertamente que de la nada no puede salir nada, si se entiende que la nada no puede servir como materia para formarse algo: por lo mismo que es nada no puede tampoco ser materia. Pero cuando decimos que por la creación las cosas salen de la nada, no entendemos que se formen de ella como materia; solo queremos significar que lo que antes no era, pasa á ser. Permitaseme una comparacion: se dice que un hombre se ha hecho de ignorante, sabio; de malo, bueno; sin que por esto se entienda que la sabiduría ha salido de la ignorancia, ni la bondad de la malicia, sino que después de la ignorancia y malicia han venido la sabiduría y la bondad.

61. Descartado este sentido del dicho, de nada no se hace nada; veamos si es posible lo que nosotros sostenemos, esto es, si lo que no era puede pasar á ser. Suponiendo la nada absoluta, es cierto que lo que no es no puede pasar á ser; en tal caso, ¿de dónde saldría el ser, no habiendo mas que no ser, es decir, su contradictorio? Pero al afirmar que algo sale de la nada no suponemos la nada absoluta; por el contrario, empezamos por decir que hay una realidad infinita, Dios. La nada solo la referimos á los seres finitos; y decimos: estos seres que eran nada pasaron á ser por la accion todopoderosa del Criador. ¿Qué hay aquí de contrario á la sana razon?

62. A los que niegan la posibilidad de la creación, tal como se acaba de explicar, les preguntaremos, ¿si pueden negar tambien que hay cosas que no eran, y pasan á ser? Claro es que no: pues que la experiencia interna y externa nos está atestiguando de continuo este tránsito: luego el paso del no ser al ser no envuelve ninguna contradiccion, con tal que preexista un ser que lo pueda producir.

63. Se nos dirá que este tránsito lo vemos en las modificaciones, mas no en las sustancias; pero sea como fuere, siempre resulta que no hay contradiccion en él; pues que si la hubiese no podría verificarse ni aun en las modificaciones: lo contradictorio no cabe ni en la sustancia ni en la modificacion.

64. Además, no es verdad que el tránsito del no ser al ser, se realice únicamente en las modificaciones: sabemos por la razon y la experiencia que se verifica tambien en las sustancias. Nada finito tiene en sí propio la razon de su existencia: luego ha debido recibirla de lo infinito; y como es claro que esa comunicacion no ha podido hacerse por una transmision de una parte de la sustancia infinita, pues esta carece de partes, ha sido preciso que se hiciera por la creación, con el tránsito del no ser al ser.

65. El origen del alma no puede ser otro que la accion creadora. ¿Dónde estaba hace pocos años ese espíritu que piensa, quiere y siente en cada uno de nosotros? No existia: nuestra memoria se extiende á un plazo cortísimo, y no creo que nadie pueda persuadirse que haya vivido siempre, pero que ahora no se acuerda de su vida pasada. El alma pues ha comenzado á existir; el alma es sustancia; luego hay una sustancia que ha comenzado á existir. Es así que ese comienzo no ha podido ser por agregacion de varias partes, pues que el alma es simple (*Psicología*, cap. II), luego ha debido ser pasando de la nada á la existencia, es decir, siendo criada.

66. Las objeciones contra la creación dimanar de ideas groseras sobre la naturaleza de la causalidad. Los que sostienen el sistema de las emanaciones hablan como pudiera hablar la filosofía en la mayor rudeza de sus primeros pasos.

No concebir posible el salir una cosa de otra, sino como sale el agua de un depósito, el explicar de esta suerte la causalidad, es indigno de un verdadero filósofo. La actividad productiva es demasiado noble y elevada, para que pueda expresarse con esas imágenes groseras. Pues qué ¿no vemos en nosotros mismos el ejercicio de una actividad que en nada se parece á las emanaciones materiales? ¿Cómo puede ser, dicen los ateos y panteístas, querer una cosa y quedar hecha? ¿Cómo puede ser, les replicaremos, lo que experimenta el hombre en sí propio? Quiere, y se presentan á su entendimiento las ideas y á su fantasía las imágenes; quiere, y los miembros del cuerpo se mueven. En este modo de producir ¿hay algo semejante á las emanaciones materiales? Vemos aquí un ser inteligente y libre: al imperio de su voluntad se presentan fenómenos espirituales y corpóreos que antes la existían; ¿porqué, pues, al

imperio de la voluntad del ser infinito, no podrán existir sustancias que antes no existían?

67. Lo repito: todas las objeciones contra la doctrina de la creación proceden de superficialidad ontológica é ideológica: cuanto mas se profundiza en estas ciencias, tanto mas clara se presenta la verdad á los ojos de la filosofía, tanto mas fútiles se ven las dificultades.

## CAPÍTULO XII.

### ATRIBUTOS DE DIOS.

68. Si nosotros viésemos intuitivamente la esencia divina, veríamos en ella un ser simplicísimo, en el cual no distinguiríamos varios atributos, sino una perfección simple, infinita, donde se hallan todas las perfecciones sin mezcla de imperfección. Pero como esta visión no se nos concede en esta vida, es preciso que nos formemos idea de Dios, del modo que permite nuestra flaca inteligencia; y así es que, no pudiendo abarcar de una ojeada todo el piélago de perfección, le distinguimos en varios atributos; bien que no miramos á estos conceptos como representativos de cosas realmente distintas entre sí, sino como medios que nos facilitan el conocimiento del ser infinito.

69. Dios es un ser necesario. Esto queda probado plenamente (cap. III); si pudiese ser y no ser, tendría en otro la razón de su existencia.

70. Siendo necesario, es inmutable: no puede perder nada; porque todo cuanto tiene lo posee por intrínseca necesidad; no puede adquirir nada, porque no hay nada sino él mismo, y lo que él saca de la nada. (Véase *Filosofía fundamental*, lib. X, capítulos I, II y III.)

71. El ser necesario es infinito; pues teniendo en sí la razón de su existencia, tiene también la plenitud del ser. No ha podido ser limitado por sí propio, porque todo cuanto hay en él es necesario; ni por otro, porque los demás seres no existen sino por él. Esta infinitud no es por agregación; entonces Dios no sería un ser sino un conjunto de seres: es una infini-

dad de esencia, en donde se hallan todas las perfecciones que no envuelven imperfección. Todo cuanto se puede pensar está en él, pues que hasta el fundamento de toda posibilidad está en él. (*Ideología*, cap. III.)

72. Su inteligencia, á mas de brillar en todas sus obras, la podemos demostrar con las razones anteriores. Si es infinito, no puede carecer de un atributo que no envuelve ninguna imperfección, cual es la inteligencia. Un Dios ciego no sería Dios.

73. A la inteligencia se sigue la voluntad. El ser inteligente no es un indiferente espectador de su objeto; quiere ó no quiere lo que entiende. El objeto primario y necesario de la voluntad de Dios es su propia esencia, su perfección infinita, á la cual ama con amor infinito. La existencia de los objetos finitos la quiere libremente, pues que siendo finitos no pueden ser motivos que impriman necesidad á la voluntad infinita.

74. La acción de la Providencia se descubre en todas partes: la armonía que reina en el universo, la constancia con que las criaturas todas permanecen sujetas á un orden admirable, son elocuentes testimonios de que una inteligencia infinitamente sabia está rigiendo el mundo, desde el astro mayor del firmamento hasta el átomo mas imperceptible, desde el hombre destinado para el cielo, hasta el último de los gusanos que se arrastra por la faz de la tierra. Suponer que Dios ha criado el mundo, abandonándole luego al acaso, es un absurdo intolerable: negar la Providencia equivale á negar á Dios.

75. El ser infinito es uno. Si hubiese dos, el uno no tendría las perfecciones del otro; y como estas se suponen infinitas, resultaría que á la perfección infinita le faltarían perfecciones infinitas. Siendo infinitos, serían ambos todopoderosos; en cuyo caso, ó el uno podría impedir la acción del otro ó no; en ambos supuestos dejarían de poderlo todo. Luego no hay mas que un Dios.

76. Si se imaginan dioses inferiores, no serán infinitos: luego serán finitos, luego contingentes, luego habrán recibido de Dios la existencia; no serán pues dioses sino criaturas. Luego el politeísmo es un sistema absurdo.

## CAPÍTULO XIII.

## NATURALEZA Y ORIGEN DEL MAL.

77. Muy antiguo es el argumento que suelen proponer contra la Providencia los ateos de nuestros días: « Si hay un Dios que cuida del mundo, ¿porqué permite tantos males? » Examinemos el valor de esta objeción, que dió origen al dualismo de principios, uno bueno y otro malo, y que solo puede causar alguna dificultad por la confusión de las ideas.

78. El bien es un ser, una realidad: la nada no puede ser un bien. Pero no toda realidad es un bien para todos: no merece este nombre una realidad que trastorne la armonía del ser en que se halla: un ojo en la frente sería una realidad; sin embargo, no habrá quien llame bien una monstruosidad semejante. Así pues, aunque toda realidad se pueda llamar un bien en cuanto por esta palabra se entiende un ser, no toman este nombre sino las realidades que están en armonía con la naturaleza y relaciones del sujeto á que pertenecen. La voz y la figura que son un bien para una mujer ó un niño, serían una imperfección para un hombre.

79. La idea del bien nos aclara la del mal. La simple falta de una realidad no se llama mal: ¿quién dirá que es un mal para una flor el no ser inteligente? La falta de una realidad solo es un mal, cuando carece de ella un sujeto que debiera tenerla: la falta de razón no es mal para el bruto, pero lo es para el hombre.

80. Por donde se echa de ver que el mal no siempre consiste en la falta de una realidad, y que puede nacer de lo contrario. El ciego tiene un mal, que es *falta* de la vista; pero un monstruo con tres piés, tiene un mal que es la *sobra* de un pié.

81. Sin embargo conviene observar, que aun en tales casos, también el mal produce una falta: pues que la realidad sobrando no es un mal sino porque quita la *armonía, el orden*; y el orden en los seres es una realidad.

82. El bien absoluto bajo todos conceptos, solo se halla en Dios: el bien absoluto es la realidad infinita. El mal absoluto en

cuanto opuesto al bien absoluto, parece que debiera ser la negación absoluta; pero á esta no se la llama mal, sino nada. En este sentido diremos que no hay mal absoluto; pues que todo mal implica la perturbación del orden en algun ser, es decir en algun bien: ya sea que falte lo que debiera haber, ya sea que sobre algo que introduzca el desorden.

83. Ahora podremos definir el mal diciendo que es: la perturbación del orden.

84. Según sea el orden perturbado, será la especie del mal; físico si el orden es físico, moral si es moral. La destrucción de uno de nuestros órganos es un mal físico; un acto de injusticia es un mal moral.

85. Algunos llaman mal metafísico á la limitación de las criaturas; pero esto no es un mal, es una necesidad que acompaña á las esencias finitas.

86. Fijadas de este modo las ideas, contestaremos á la dificultad. No es creíble que nadie quiera hacer un cargo á la Providencia por el mal metafísico; esto es, por la limitación de las criaturas: tanto valdría quejarse de que lo finito no sea infinito. Así pues, nos ocuparemos del mal físico y del moral.

87. Consideremos primero el mal físico, prescindiendo de toda relación con las criaturas racionales. Cae un rayo sobre un árbol y le calcina; un río se desboca y arrebató las plantas de sus alrededores; el árbol y las plantas sufren un mal porque se ha perturbado su orden particular, se ha destruido su vida. A quien culpara por esto á la Providencia, le preguntaríamos si el árbol y las otras plantas eran seres aislados, y si no debían estar sujetos á las leyes generales del mundo corpóreo. Estos vegetales formaban parte de ese gran conjunto que llamamos universo; su orden especial estaba subordinado al orden general; cuando este requería que aquel fuera destruido, la destrucción se ha consumado.

88. Un artífice construye una máquina con varios sistemas de ruedas, que marchan con sus velocidades respectivas; todos estos sistemas se ordenan á un fin determinado que se propuso el constructor. Este fin exige que de vez en cuando uno de esos sistemas afecte al otro de una manera nueva, engranando por ejemplo una rueda de un sistema con la de otro, y perturbando el orden de este, acelerando ó retardando la

velocidad, ó parando del todo su movimiento: ¿cu. paréis por eso la sabiduría del maquinista? Porque se ha perturbado ó se ha destruido el movimiento de un sistema de ruedas, ¿diréis que no hubo prevision en el autor de la máquina? Hé aqui lo que sucede en el mundo: en el órden general del universo entran muchos órdenes particulares, asi de individuos como de especies: el órden general exige que se sacrifique uno de los particulares, y así sucede: ¿qué prueba esto contra la sabiduría que gobierna el mundo? Nada: por el contrario, la manifiesta y confirma.

89. ¿Pero cuál es, se nos dirá, la utilidad de esos males particulares? ¿Cuál es el bien que de ellos resulta en favor del órden general? No conociendo perfectamente el conjunto de las leyes que rigen el mundo, no podemos saber en muchos casos cuál es el efecto que un fenómeno particular produce en bien del órden general; pero nuestra ignorancia no nos autoriza para negar este efecto. A medida que adelantan las ciencias se van descubriendo nuevos arcanos en las relaciones de la naturaleza, y se van conociendo fines especiales que antes se ignoraban; ¿qué sucedería si pudiésemos abarcar de una ojeada todo el sistema del universo? Veríamos un órden admirable allí donde se nos ofrecia un desórden; veríamos que la armonía se afirmaba y extendía, cuando nosotros creíamos que se perturbaba.

90. Estos pequeños desórdenes lo son únicamente cuando se los considera en su aislamiento: pero las partes del universo no pueden mirarse como aisladas sino unidas, trabadas intimamente, conspirando todas á un fin. Cuando se consideran los objetos por sí solos, todo se perturba. Figurémonos que las yerbas de un prado donde están pastando los ganados tuviesen inteligencia, pero no conociendo otro bien que el suyo: al ver que el ganado las siega sin piedad para sepultarlas en su estómago « ¡qué atrocidad! exclamarían. ¡Quién gobierna el mundo! ¡Qué desórden es este! ¡Qué injusticia! » Y sin embargo, si el pobre ganado no encontrase yerba, se pondría flaco y macilento: y en tal caso, tampoco podríamos nosotros regalar la mesa con carnes succulentas y sabrosas. Hay aquí una escala; lo uno se ordena á lo otro; el mal en un órden subalterno es un bien en un órden superior; todos los eslabones de

la cadena solo los conoce el que tiene en su omnipotente mano el primero y el último.

91. No es difícil templar la *compasion* del ateo por los infortunios de los vegetales; pero ¿quién podrá consolarle, si llegamos á tratar de los animales? ¿Cómo es que á estos infelices vivientes se los haya sometido á tan crudos padecimientos? ¿Porqué la Providencia no los ha eximido de todos los dolores, dejándolos retozar alegres en medio de goces continuos? ¿Acaso no podria proporcionarles á todos abundancia de sabrosos alimentos, de bebidas refrigerantes, de guaridas abrigadas, ó, lo que hubiera sido mejor, hacerles disfrutar de una perpetua primavera?

A esta objecion contestaremos con la respuesta anterior, ampliándola empero con algunas observaciones.

Supongamos que las leyes generales del mundo exigen que caiga un aguacero sobre una comarca; segun el ateo debia Dios suspender las leyes hidráulicas, para que el agua no mojase los nidos y no se filtrase en las guaridas de las fieras, ó no bañase con demasia las espaldas de los ganados del campo. *Risum teneatis!*

Tocante á los alimentos hay la dificultad que, por ejemplo, el lobo no se contenta sino comiendo la carne de la oveja, y esto no se hace sin matarla: el halcon tampoco se contenta sino con las blandas carnes de la paloma, lo cual tampoco se puede hacer sin efusion de sangre inocente.

El quitar la variedad de las estaciones con el objeto de evitar á los animales el frio y el calor, traeria consigo la perturbacion del sistema astronómico; no será tan exigente el ateo: parece que la Providencia ha hecho bastante vistiendo á unos con tupido plumaje, á otros con espeso pelo, á otros con vellosa y caliente lana; con darles á todos los instintos necesarios para preservarse de la intemperie en las respectivas estaciones, y con llevar su solicitud hasta el punto de comunicar á los mas débiles el admirable instinto de la trasmigracion, para que, á manera de gente mimada, busquen en la variedad de los climas el temple que mas conviene á su salud y comodidad.

En cuanto á los dolores que sufren los animales, son generalmente pocos, excepto cuando caen en nuestras manos: y de



esta responsabilidad tampoco se exime el ateo. Es de notar la buena salud de que disfrutaban generalmente, hasta que los sorprende una muerte prematura, ó acaban consumidos por la vejez. Hay dolores que nacen de su misma organizacion; y la facultad de sentirlos les es necesaria en muchos casos para conservar su vida. La naturaleza les ha dado sensaciones ingratas para que se apartasen de lo que les daña; si el animal no sintiese los rigores de la intemperie, no se guardaria de ellos y pereceria.

92. Algunas de las observaciones anteriores pueden aplicarse tambien al hombre; quien, aunque racional, no deja de estar sometido á las necesidades de su organizacion. Además, por su libertad de albedrio, abusa con harta frecuencia de los dones de la naturaleza, y multiplica sus males fisicos; y como por otra parte su estado social trae consigo un nuevo género de relaciones, experimentamos á mas de los dolores del cuerpo los contratiempos de la fortuna. Si debiésemos considerar al hombre limitado á la tierra, defenderiamos á la Providencia con las razones anteriores; diriamos que es un ser que contribuye con los otros al órden general, y que por consideracion á él solo no se deben alterar las leyes del universo. Pero el valor de esta razon sube de punto si se considera que el hombre es un ser intelectual y moral, que los males que sufre pueden servirle de prevencion contra el vicio, y de pena cuando merezca ser castigado; que en el sufrimiento se le ofrece un vasto campo para mostrar la fortaleza y desplegar las facultades superiores que le distinguen de los brutos animales; que siendo criatura racional no se le han debido fijar, como á los irracionales, las inclinaciones para satisfacer las necesidades de la vida; que esta misma amplitud produce naturalmente la facilidad en el exceso, y por consiguiente los padecimientos; y que en fin, sobre todas estas consideraciones hay la enseñanza de la religion, acorde con las tradiciones de todos los pueblos, que nos habla de una caida primitiva, de una generacion del humano linaje, y que nos da con esto una nueva clave para explicar el mal, ilustrando á la filosofia con la narracion de los acontecimientos que perturbaron la armonia universal en el origen del mundo.

Esto nos conduce á tratar del mayor de los males, del moral, que consiste en la infraccion de las leyes impuestas por el Criador á todas las criaturas intelectuales.

93. Dios podria impedir el mal moral, ¿porqué lo permite? Este es otro de los argumentos que se objetan á la Providencia; para desvanecerle bastará fijar las ideas:

El mal moral, ó el pecado, envuelve dos condiciones: ley moral y libertad en su infraccion: si no hubiese ley moral no habria mal moral; si no hubiese libertad en la infraccion no habria pecado. Nadie culpa al niño que no ha llegado al uso de razon, ó al infeliz demente que la ha perdido.

En el supuesto de que hubiese seres intelectuales, debia estar vigente para ellos la ley moral: lo contrario es absurdo; era imposible que Dios, ser infinitamente santo, criase seres intelectuales, exentos de toda ley moral; tenemos pues en primer lugar que la ley moral no podia menos de regir en el mundo; pretender lo contrario seria querer que Dios no hubiese criado seres intelectuales.

Un ser inteligente debia estar dotado de libertad de albedrio: por lo mismo que es capaz de considerar los objetos bajo aspectos diferentes, de proponerse varios fines, y de aspirar á ellos por distintos medios, era preciso que tuviese libertad, sin la cual no hay eleccion. Extendiéndose la ley moral á todos los actos de la vida, podia la criatura no querer lo que ella manda, ó desear lo que ella prohíbe; no hacer lo primero, ó ejecutar lo segundo, y por consiguiente cometer una infraccion de la ley. La razon de esto se halla en la misma limitacion de la criatura.

Resulta, pues, que supuesta su existencia, la criatura intelectual podia pecar; y que para evitarlo era preciso que se la despojase de la libertad de albedrio, esto es, que se mutilase su naturaleza. Hé aquí adónde viene á parar el argumento contra la Providencia: á la alternativa de exigir que Dios no criase ningun ser intelectual ó que los criase sin libertad. Así, pues, esta dificultad tan ponderada se reduce á las mismas dimensiones que las anteriores; nace, como ellas, de la contemplacion de un órden especial, aislándolo del general; no atiende á la necesidad de la existencia de la ley moral y de la libertad de

albedrio, en el supuesto de haber criaturas intelectuales; es decir, que prescinde de dos grandes hechos: la ley moral y la libertad; se olvida de otros dos hechos que son como los polos del mundo intelectual: el mérito y el demérito.

FIN DE LA METAFISICA.

ÉTICA.